

MENCIÓN ESPECIAL A.D.R. (CATEGORÍA COMARCAL LOCAL)
I CERTAMEN DE RELATOS “VILLA DE CABRA DEL SANTO CRISTO”

EL LABERINTO MÁGICO

Encarnación Gómez Valenzuela

*No dormía; vagaba en ese limbo
En que cambian de forma los objetos,
Misteriosos espacios que separan
La vigilia del sueño
(Bécquer: “Rimas”)*

El día había amanecido oscuro y frío. Antes de que apuntara el alba aparecieron por el poniente miríadas de tupidos nubarrones de turbia opacidad que se extendieron presurosos e impávidos cubriendo con insolencia la totalidad de la bóveda celeste. Durante toda la jornada el cielo permaneció cubierto y umbrío, las nubes ocuparon el espacio. La tarde arrastró tras de sí una brusca y destemplada llovizna y el ocaso vino acompañado de un viento gélido y desapacible que comenzó a azotar con enojo y displicencia cualquier objeto que se interpusiera en su camino. Los árboles se agitaban ateridos y, sin oponer resistencia, dejaban caer sus hojas secas. El otoño, fiel a su cometido, se afianzaba en prepotencia y osadía y desataba sus furias aliándose con impulsivas corrientes y torvos vendavales que flagelaban la ciudad y hacían palidecer el paisaje.

El frondoso olmo que crecía al pie de la ventana cuya habitación ocupaba Eloísa sacudía sus flexibles y enjutas ramas, casi ausentes de hojas, con bruscos y arrítmicos movimientos y golpeaba los cristales con obstinación e insistencia. Los descompasados golpes que producía constituían un toque de atención a la abulia, a la desidia y al hastío; eran una apelación al dinamismo, a la actividad y a la vida, pero Eloísa no deseaba darse por aludida y permanecía ajena e indiferente a cualquier influencia externa. Abandonada a la apatía, a la indolencia y al silencio yacía postrada en su lecho de dolor. Su cuerpo, lánguido y desfallecido descansaba en el ingrato oleaje de una cruel enfermedad que la había fustigado con encono y rencor haciendo de ella madera de árbol caído. Su rostro, pálido y marchito, surcado por ásperas líneas de expresión, era un indescifrable marco de oquedades y sombras de difícil interpretación. Sus ojos, nublados y sombríos, se habían cansado de mirar y se man-

tenían cerrados a la monotonía del escaso y aséptico mobiliario que ocupaba la habitación del hospital donde se encontraba desde hacía varios meses. Su boca, rígida y entreabierta, bordeada por unos labios flácidos, reseca y cuarteada, manifestaba en toda su crudeza el trágico final que, de persistir en aquella actitud incoherente y antagónica, le tenía reservado el destino.

En puridad, más que un cuerpo joven, lo que reposaba en aquel lecho eran los despojos de una vil contienda. Había librado una ardua batalla contra la vida, una necia e inútil pugna en la que se habían batido fuerzas dispares. Los contrincantes poseían desigual naturaleza y, sin embargo, ambos se encarnaban en la misma persona. Temeraria e impertérrita se había atrevido a retar a su propio cuerpo y ahora yacía vencida y hundida en su derrota. Su corazón cansado anhelaba cesar el latido. Para conseguir dicho propósito, se negaba sistemáticamente a ingerir cualquier tipo de alimento.

Deseaba desvincularse de todo e iniciar otra nueva vida cerca de las estrellas y alejada de la materia. Prefería habitar un lugar libre de presiones e ideas desquiciadas.

La madre de Eloísa, que había permanecido siempre a su lado intentando protegerla de cualquier peligro que la acechara, jamás pudo comprender la conducta díscola y la actitud disidente que mostró su hija a partir de la adolescencia. Rebatía cualquier orientación o consejo que sus padres intentaran darle alegando que tales argumentos eran vestigios de una mentalidad antigua y obsoleta. Ella, por el contrario, prefirió seguir corrientes de pensamiento actual, pero, desgraciadamente, se dejó conducir erróneamente por veredas luctuosas y macabras.

Cuando los padres comprendieron que la enfermedad que padecía su hija, producto de la nueva estética sobre la figura humana, había alcanzado unos niveles de gravedad que amenazaban con desbordarse, acudieron a un centro hospitalario como un método eficaz para sacarla del abismo de angustia en el que se había dejado encerrar. Y confiaron a los médicos la recuperación de la joven. Pero ningún remedio resultó operativo con aquella chica obstinada y pertinaz porque se oponía a las terapias que exigía su tratamiento y se negaba a seguir los consejos y a ejecutar las ordenes que se le daban para recuperar la salud.

En una estancia cercana el Dr. Menéndez, director de la unidad de trastornos alimenticios, convocó a su equipo de médicos para hacerles partícipes de desoladoras noticias acerca de una paciente que se estaba desvinculando de la vida poco a poco. Deseaba debatir el caso con sus colegas para tratar, a la desesperada, de encontrar una solución eficiente e impactante para conseguir hacerla reaccionar antes de que fuera demasiado tarde. Se trataba de una chica tozuda y terca en sus resoluciones, pero había de tener algún punto flaco, algún blanco fácil y vulnerable por donde apelar a su sensatez para que colaborara en pro de su recuperación, si es que a estas alturas era asequible dicha meta.

- Se ha negado a comer. Hace varios días que no toma ningún alimento. Si no logramos que cambie de actitud, puede morir mañana, o pasado, o...

La voz del doctor fue declinando a medida que iba concluyendo el discurso. El eco amargo de sus palabras quedó fluctuando en el ambiente y generando angustia, inquietud e impotencia en los corazones de quienes tenían el ineludible deber de luchar por la vida. Todos los presentes permanecieron en silencio con el propósito de hallar medidas viables

que ayudaran a la muchacha a adoptar otra disposición más positiva que la actual. De súbito, un médico veterano, avisando sus pequeños ojos negros con el brillo de la sabiduría, argumentó:

- Llama a los de prácticas, los jóvenes suelen compartir inquietudes, aficiones, valores y mil cosas más. Poseen un lenguaje peculiar que los une y los hace cómplices en los primeros intercambios

- Bien - respondió el Dr. Menéndez moviendo la cabeza con gesto preocupado.- No se pierde nada por intentarlo.

Apremiado por el acuciante problema de aquella chica contumaz, se reunió con sus alumnos y les expuso la gravedad del caso y la urgencia de encontrar voluntarios que prestaran sus servicios con ilusión, aportaran propuestas alentadoras y urdieran estrategias para conseguir lo imposible.

- Yo la atenderé. - Apuntó un joven estudiante para el que la medicina debía perseguir objetivos altruistas y humanitarios.

Cuando la debilitada y sutil luminosidad del ocaso se enredaba en las copas casi peladas de los árboles y acercaba tenues reflejos cobrizos del poniente que, penetrando por la ventana, imprimían a la estancia una siniestra y opaca tonalidad de penumbra, Javier, el joven estudiante, entró en la habitación de Eloísa para conocerla. Quedó impresionado y perplejo ante la patética y deprimente imagen que ofrecía la muchacha. Su rostro, demacrado y enjuto, era el vivo retrato de la muerte. Sus grandes ojos, apagados tras la lívida transparencia de sus párpados, modelaban la figura exacta de su globo ocular y parecían querer escapar de su propia cuenca. Se retiró enseguida para debatir el caso con unas compañeras que se habían ofrecido para ayudarle.

No habían transcurrido ni quince minutos cuando, revestido de ánimo para afrontar la difícil situación, volvió de nuevo al lado de su paciente. Nadaba en anhelos por desempeñar con eficiencia la dificultosa labor de la que se había responsabilizado. Para tal fin, había ideado una estrategia y ansiaba iniciada cuanto antes con el objeto de conseguir alguna respuesta positiva que le permitiera cobijar un atisbo de esperanza. Llevaba asido de su mano un vaso que contenía una pequeña cantidad de leche tibia, lo dejó sobre la mesita y empezó a desplegar su táctica. Eloísa permanecía con los ojos cerrados incrustada en su propia desidia y ausente del lugar que ocupaba y del momento que vivía. Andaba emboscada en las sombras. Javier, con tono desenfadado y jovial, comenzó a hablar dirigiéndose a la enferma. Se presentó, contó sus actividades, habló de sus gustos y aficiones y de sus amigos y compañeros. Ella permaneció impassible e indiferente ante tan abundante derroche de elocuencia. Aquella verborrea inútil no la estimulaba. No alteró su postura inicial, ni mostró el más mínimo interés por aquel parlanchín y sus retahílas de insulsas, incoherentes y embrolladas historias.

Ante la ausencia de réplica por parte de la joven, Javier se condeció, pero lejos de amedrentarse y abandonar la empresa, continuó hablando porque era de suma importancia hacerle reaccionar de algún modo. En vista del fracaso obtenido decidió imprimir una nueva orientación a su discurso y lo satinó de matices emotivos y estimulantes. Le contó la grata y relevante misión que le había encomendado el Dr. Menéndez, el hecho de haberla

asumido de forma libre y voluntaria y la ilusión con que la había afrontado, así como las repercusiones que incidirían en su trayectoria humana y profesional y los beneficios que podía reportarle a ella si se prestaba a colaborar.

La voz de Javier, que al principio comenzó sonando con tono monótono, lejano y neutro, se fue transformando, poco a poco, en un incontrolable caudal de aguas estimulantes. Hablaba con tanto énfasis y emoción que caldeaba la tibieza del aire con sus cálidas palabras y envolvía en la dulzura de su ritmo cadencioso los corazones ajados haciéndolos despertar de su letargo. El eco de sus dulces palabras atravesó el gélido pabellón de los oídos de Eloísa e hizo saltar una chispa de curiosidad por conocer el autor de tan emotivo discurso. Le sorprendía la admirable e inopinada alocución. Reía para sí misma, pero no deseaba evidenciar ante el intruso su regocijo. Entreabrió los ojos y, al encontrarse con los de Javier, los cerró de nuevo bosquejando una incipiente sonrisa que no acabó de perfilar, pero que reflejó con notoriedad el inicio de su rendición. Aquella liviana y sutil respuesta fue hábilmente captada por Javier que se apresuró a sacar partido de la frágil disposición que, según creyó vislumbrar, la joven había mostrado. Se acercó a ella y con suma delicadeza añadió:

- Esta niña buena tiene que abrir su boca y tomarse un poco de leche que le va a calmar el desconuelo que siente en el estómago.

Seguidamente tomó el vaso e, incorporándola, se lo acercó suavemente a los labios que no ofrecieron resistencia, y comenzó despacio a darle pequeños sorbos. Embriagada por la magia de sus palabras y por la ternura con que había rozado sus labios, careció de aliento para seguir ejerciendo la oposición, fue incapaz de contrariarle. Ante aquel derroche de amabilidad, calma y dulzura, su obstinada actitud de rechazo, cerrazón y aislamiento hizo aguas por doquier.

Cuando Javier le contó al Dr. Menéndez la reacción de Eloísa y las ilusiones que él había albergado en su pecho, éste, preocupado, le dijo que no debía precipitarse en cantar victoria por tan débil y lacónica respuesta que ni siquiera había venido acompañada de la palabra. Que el éxito obtenido en el primer asalto no significaba gran cosa puesto que quedaba una dura batalla que librar hasta que la enferma recuperara la salud.

Al día siguiente, en el momento preciso en que comenzó a iluminarse el espacio, Javier fue a visitar a su paciente. La encontró despierta, macilenta y brumosa, enquistada en la conciencia de su deterioro físico y pérdida en las frías claridades blanquecinas del alba que penetraban por la ventana borrando las sombras que la noche había acercado. Sumergida en su propio desvanecimiento y lasitud, no fue capaz de negarse a tornar los alimentos que Javier, con tanto afecto, le ofreció. Pero se mostró decaída y triste, hundida en una oscura melancolía de enferma terminal. Le dijo que no valía la pena preocuparse por ella puesto que deseaba morir y dejar esta vida que tan esquivamente la había tratado.

- Mira mi cuerpo. No tengo aliento para seguir viviendo. Sólo me quedan despojos, los restos de un abominable naufragio - murmuró con voz desmayada y frágil. - Antes que acabe el otoño moriré.

Apenas acabó de hablar, cerró los ojos y se aisló de nuevo en los abrojos de su vil desolación. Sus palabras, amargas y tenebrosas, rompieron las transparencias de la mañana y comenzaron a sembrar en el corazón de Javier desalientos e inquietudes.

Eloísa cerró la puerta tras de sí con un furor descomedido. El violento y brusco portazo resonó en toda la casa con grotesca ironía rompiendo el sosiego del ocaso y coronando rabietas y rebeldías. Caminaba con el ánimo exaltado, la respiración acelerada y el corazón sobrecogido.

Jadeaba con furia. No podía controlar la exasperación que la invadía, la indignación que le oprimía el pecho. Adelantaba el paso con entereza y enojo como si se alejara de un campo de batalla después de haber librado una dura contienda en la que se había erigido como vencedora. Sin embargo, la victoria le ha dejado un sabor amargo, una sensación de desasosiego, un sentimiento de culpabilidad que intenta-acallar en lo más profundo de su alma. Incomprensible paradoja. Ha actuado defendiendo sus derechos, con sus lúcidos razonamientos. Ha conseguido imponerse y ahora se siente incómoda. ¡Qué complicado es hacerse mayor! Acaba de discutir con sus padres.

Intentan imponerle sus ideas. La ven todavía como una niña y quieren obligarla a acatar unas órdenes que ya están fuera de contexto. No la entienden, ni tienen interés por hacerlo. Miran con desdén y recelo cualquier decisión que ella tome. Esperan que se deje conducir con las directrices de unos esquemas obsoletos y caducos. Su madre, que es una paranoica, a estas alturas, se empeña, en que su hija se alimente como cuando era pequeña. Por causa de la comida, han discutido en múltiples ocasiones, pero no piensa complacerla porque detesta la obesidad. Quiere ser modelo y para eso tiene que adelgazar un poco. Por este motivo se hace imprescindible el control de su alimentación.

Con estos sensatos razonamientos y alentadores propósitos intentaba erradicar la inquietud que padecía a consecuencia de la disputa. Su alma, lastimada y herida por tantas tensiones, ansiaba dar cobijo al sosiego. Pero no resultaba fácil. De un tiempo a esta parte andaba un poco desorientada. Sentía una sensación extraña, un efecto hostil de distanciamiento y lejanía de las cosas y los seres que la rodeaban y que, en otro tiempo, calmaban su ansiedad. Por esta razón, a menudo, se mostraba irascible y enervada. A pesar de todo, realizaba enormes esfuerzos para autocontrolarse, por lo cual se exhortaba a sí misma a seguir adelante por el sendero que tan juiciosamente se había trazado. Alegaba que todo el malestar que sentía era consecuencia inequívoca de la adolescencia. La juventud se abría para ella como una invitación a la vida adulta, se manifestaba como un laberinto mágico y le ofrecía misterios ignotos ansiosos por ser desvelados y enigmas sin descifrar deseosos de ser solventados por jóvenes inquietas como ella. ¿Sabría ella resolverlos certeramente? ¿Encontraría la solución correcta de las incógnitas que se le plantearan? ¿Dirigiría con acierto la nave de su vida por el tempestuoso mar de posibilidades y opciones que se le presentaban? y ¿por qué no? No había razón para preocuparse. Lo único que ocurría era que aún actuaba con esquemas infantiles, con proyectos inmaduros. Ya había pensado dejar atrás este pesado lastre y adoptar posturas responsables ante la nueva situación. Solamente tenía que ser fiel al paradigma de las jóvenes triunfadoras, con objeto de correr su misma suerte.

Recordó con agrado el desfile de modelos que había visto aquella misma tarde. Invadida por la ingente fascinación que ejercían sobre ella aquellas chicas de medidas perfectas, tan bellas, delgadas y esbeltas, permanecía absorta en la pequeña pantalla viéndolas recorrer la pasarela.

Envueltas en garbo, donaire y elegantes trajes. En lo más profundo de su corazón ansiaba con **vehemencia ser algún día como ellas.**

Emboscada en la oscuridad de la noche, deambuló por las calles solitarias afianzándose en insumisión y desacato. Volvió a casa tarde porque no deseaba encontrar a sus padres levantados para no verse involucrada de nuevo en necios debates con ellos, ni sentirse obligada a dar explicaciones acerca de su conducta.

Experimentaba un profundo malestar interno de vacío y desasosiego que se había concretado en su estómago y que se identificaba con la sensación de hambre, pero que ella se oponía a reconocer como tal. Entró en la cocina y, en un tiempo mínimo, ingirió una cantidad considerable de comida que calmó, en parte, sus desazones. Durante el transcurso de la clandestina ingesta, permaneció de pie, moviéndose de un sitio a otro, como en un intento de desvirtuar el acto, negándole su esencia, su categoría de copiosa y auténtica comilona.

Más que alimentarse, su tarea consistió en engullir convulsivamente todo lo que le apeteció. Devoró la comida con ávida voracidad de piraña. Se dejó conducir en todo momento por impulsos instintivos. Pero, cuando acabó el furtivo y abundante atracón, se activó en su mente una función consciente denominada sentido común, cordura y lucidez que comenzó a recriminarle su irreflexivo proceder. Entonces comprendió la trascendencia y las nefastas consecuencias que le traería aquel exceso. El desasosiego le invadió el corazón, por lo cual decidió expulsar el contenido de su estómago. Corrió al baño e, introduciéndose los dedos en la garganta, provocó el vómito. Aquel pernicioso miasma, que pretendía agredir su figura, quedó sin efectividad. Una vez evacuada la masa gástrica llegó el sosiego al espíritu y se sintió feliz. No le preocupó en absoluto que sus vísceras se revolvieran furibundas y doloridas, lo realmente importante era que su imagen no resultara perjudicada.

Presionándose el estómago con ambas manos y forjando brusca muecas de dolor, se dirigió al dormitorio para descansar. Tardó en conciliar el sueño. La inquietud que experimentaba en sus entrañas la condujo por las laderas del insomnio. Se revolvía en el lecho desesperada y herida sin permitirse siquiera el desahogo del gemido ni del llanto para no alertar a sus padres. La satisfacción de haber actuado con sensatez expulsando todo lo que podía dañarla, le propició, al alba, un fugaz e intranquilo sueño.

Los días fueron transcurriendo, pura Eloísa, con similares características. Se iba hundiéndose poco a poco en el lodo de su desquiciada obcecación. Urdía continuas mentiras ante sus padres para encubrir sus desórdenes alimenticios y evitaba comer en su presencia. Su organismo, cansado de sufrir abusos, atropellos y carencias, comenzó a resquebrajarse y a sentir en sus carnes las fatídicas huellas de la vulnerabilidad. Padecía frecuentes mareos, extraños sudores, anomalías en la menstruación y descontroles digestivos que se afanaba en ocultar creyendo que esta fragilidad física sería pasajera. Silenciaba con osadía todos sus desarreglos para no ser objeto de inquisidoras exploraciones, rigurosos exámenes y exhaustivos chequeos. Un funesto día sufrió un desmayo de tal envergadura que ya nada pudo permanecer velado. Había arruinado su vida enredada en las ilusiones de un sueño imposible.

Aquel día el viento sopló con gran furor e insolencia. Aplacaba sus iras cebándose con los árboles que, dóciles a su destino, le entregaban sus últimas hojas. El otoño, extenuado, se apagaba en su propio declive. Javier recordó la trágica sentencia de Eloísa y temió por ella. Mientras el viento gemía, balanceándose en su siniestro oleaje. Eloísa yacía en su lecho de abatimiento, sepultada en la amargura de su aflicción. Su organismo, avezado al ayuno cotidiano, manifestó una reacción adversa y hostil ante los alimentos ingeridos. Por efecto de esta pernicioso contrariedad se agitaba desesperada y sollozaba presionando su vientre con rabia para mitigar los fuertes latigazos de angustia y dolor que la asediaban. En su lamentable estado, hubo de ser sometida a una intervención quirúrgica a la que se auguraba un porcentaje mínimo de éxito, sin embargo, de no intervenirla, la muerte sería inminente.

Javier, que ejerció como ayudante, durante todo el transcurso de la operación permaneció atento a la enferma tratando de exhortarla anímicamente con la fuerza del pensamiento para ayudarla a salir del abismo de zozobra y desaliento en que estaba hundida. Intentaba atravesar la tenaz barrera de su mente dormida para inculcarle la voluntad de seguir viviendo, de continuar luchando. Recurría constantemente a su sentido común para que se afiliara a la ilusión de vivir con el entusiasmo que mostraba cualquier joven de su edad.

En el campo de la medicina la exitosa intervención constituyó un logro, un paso hacia adelante, pero la vida de la enferma pendía de un hilo, su desenlace era una incógnita.

- Su estado es crítico-argumentó el Dr. Menéndez ante los padres. - Hemos hecho todo lo posible para salvarla. Ahora sólo cabe esperar..

Javier continuó a su lado vigilando cualquier gesto o movimiento que ejecutase. Mientras tanto, ella, bajo el efecto de la anestesia, vagaba perdida por otras latitudes misteriosas y sombrías, lejanas y extrañas donde se encontraba la brumosa y sutil línea fronteriza entre la vida y la muerte, en la cual resultaba fácil inclinarse hacia uno u otro lado, bastaba un pequeño impulso. Por esta razón, Javier, con serenidad y templanza, comenzó a hablarle despacio. Le dijo que no podía desfallecer bajo ningún concepto, que debía sacar fuerzas de flaqueza y seguir hacia adelante, que la vida era hermosa y merecía la pena vivirla y mil cosas más que le salieron del corazón y que, como un rosario de flores, entretejió su boca. Sus cálidas palabras actuaron como un poderoso antídoto para calmar desazones y curar heridas. De este calido mensaje solamente ella, en la marea de su inconsciencia, fue testigo fiel, origen y final.

Durante toda la tarde del postoperatorio, Eloísa permaneció sedada y tranquila.

Deambulando por las serenas aguas del subconsciente se recuperaba de la intervención y, desde este apacible ámbito interno, se iba afianzando en la nueva actitud que había adoptado. El crepúsculo se alió con la bonanza de la tarde y actuó como un remanso de calma rompiendo el abominable oleaje del infortunio que había conducido su velero por mares tempestuosos. Aquella plácida noche no hubo tinieblas en su alma. El maleficio de las sombras no volvió a reinar en su corazón, antes bien reinó la luz, una luz refulgente y nítida que iluminó su camino y dirigió su barco al puerto de la esperanza.

Aquel nostálgico día otoñal, que al alba la había fustigado con crueles látigos de dolor, permitió después, en aras a la benevolencia, que ocurriera el doble milagro: que salvara su vida y que liberara su alma de aquel pesimismo denigrante y fatídico que la había poseído hasta hacerle desear la muerte.

A la mañana siguiente, Eloísa se despertó relajada y serena, hecho inusitado e insólito en ella desde mucho tiempo atrás. Su cuerpo se encontraba fatigado por el duro trance del día anterior y su alma, agotada por la pertinaz batalla que había librado, abrumada por la implacable pugna que había sostenido contra un contrincante tan ruin como la muerte. Sin embargo, en sus pupilas brillaba una chispa que alumbró la luz del alba y que anunciaba el anhelo que actualmente la invadía, la ilusión que la inundaba. Fue como si hubiera vuelto de un plácido sueño, en el que se había impuesto la cordura, el correcto enjuiciamiento de las cosas, el cual le marcó las directrices de una vida acorde con la sensatez y la estabilidad. ¿Qué había ocurrido? ¿Qué experiencias había vivido durante su largo sueño?

Según contó después a Javier, mientras su cuerpo permanecía postrado e inerte sobre la gélida mesa del quirófano, sus antagónicos pasos condujeron su alma por simas deletéreas, vagó errante por valles de tinieblas, por desiertos de agonía y por laderas de dolor. Recorrió un siniestro y tenebroso túnel que conducía al abismo y que no permitía el retroceso. Pero algo la salvó de caer en las oscuras profundidades. Súbitamente apareció una intensa y palpitante luz que le alumbró el camino de retorno a la vida. Después un ángel, vestido con blancas vestiduras, le tendió la mano, le hizo compañía y le habló con palabras tiernas y persuasivas. Le dijo que el final de sus días aún no había llegado. Que la vida era hermosa y valía la pena vivirla. Que los seres humanos han de aceptar su físico y luchar por conservado y mil cosas más que atravesaron la contumaz barrera de su mente y le llegaron al corazón donde las guardaba y conservaba como un valioso tesoro. Aquel hermoso discurso solamente fue proyectado y pronunciado para ella y del cual ella había sido el único testigo, origen y final. Por esta razón y por la gran trascendencia de su contenido pensaba edificar sobre el mismo los pilares de su filosofía existencial. Entonces comprendió que había sido una marioneta en las manos del destino.

La primera elección libre de Eloísa en la ardua encrucijada de la vida resultó fallida. Afortunadamente pudo rectificar a tiempo y aprender de los errores, por lo que de nuevo el laberinto adquirió para ella la calidad de prometedor, misterioso y mágico.